

# LA FIGURA DE LA SEMANA: TORRES QUEVEDO

El Congreso de las Ciencias celebrado en la capital de Vizcaya fué inaugurado con un magnífico discurso científico que pronunció confusa y modestamente el sabio español D. Leonardo Torres Quevedo.

Hemos dicho «confusa y modestamente», porque los rasgos característicos de este admirable inventor, de compleción atlética y de barbas apostólicas, son la modestia y la timidez.

Nosotros no vamos á descubrirlo en estas páginas; queremos solamente rendir un tributo á su figura, que ahora se nos presenta aureolada por la actualidad.

Físicamente, Torres Quevedo posee toda la arrogancia de un árabe: alto, extraordinariamente alto, de amplias espaldas y bombado pecho; de tez morena; ojos negros muy grandes y de luengas barbas rizadas y grises. Camina siempre con esa indolencia, con esa molición característica de los hombres hercúleos. Habla muy poco y lentamente, y sus ojos, abstraídos, dan la sensación de que de continuo está monologando mentalmente.

Esta es la silueta física de nuestro sabio inventor; para describir su figura científica se necesitarían varios libros.



He aquí el arrogante busto de nuestro sabio inventor D. Leonardo Torres Quevedo. Tiene expresión de apóstol, barba de patriarca, tez y perfil de árabe y mirada meditativa...

Desde que terminó su carrera de ingeniero en la Escuela de Caminos de Madrid, á los veintitrés años, se entregó obstinadamente á la mecánica, que era su afición más tangible: á propósito de esto, decía él en una entrevista:

—En mi casa— cuando pequeño —no había cosa rota que yo no compusiera y hasta modificase. Yo no he sido ni soy hombre de estudios; es decir, no me gusta estudiar. Yo cojo un libro, y á la docena de líneas empiezo á discutir con el autor, y como él no está presente, resulta que siempre llevo la razón. He perdido la disciplina del estudio: no sé estudiar. Yo soy inventor, únicamente inventor. Para ser hombre de ciencia se necesita estudiar mucho; para ser inventor, no es preciso poner á contribución más que la voluntad y el tesón. Yo soy un gran obstinado.

Así hablaba Torres Quevedo de sus aptitudes. No obstante sus modestas frases, nosotros lo juzgamos el hombre de ciencia más completo que ha tenido España.

Su vida y su cuantiosa fortuna las ha venido dedicando á los inventos. El primero fué la máquina de resolver ecuaciones en cualquier grado, que después de muchos años de estudio, está completamente perfec-



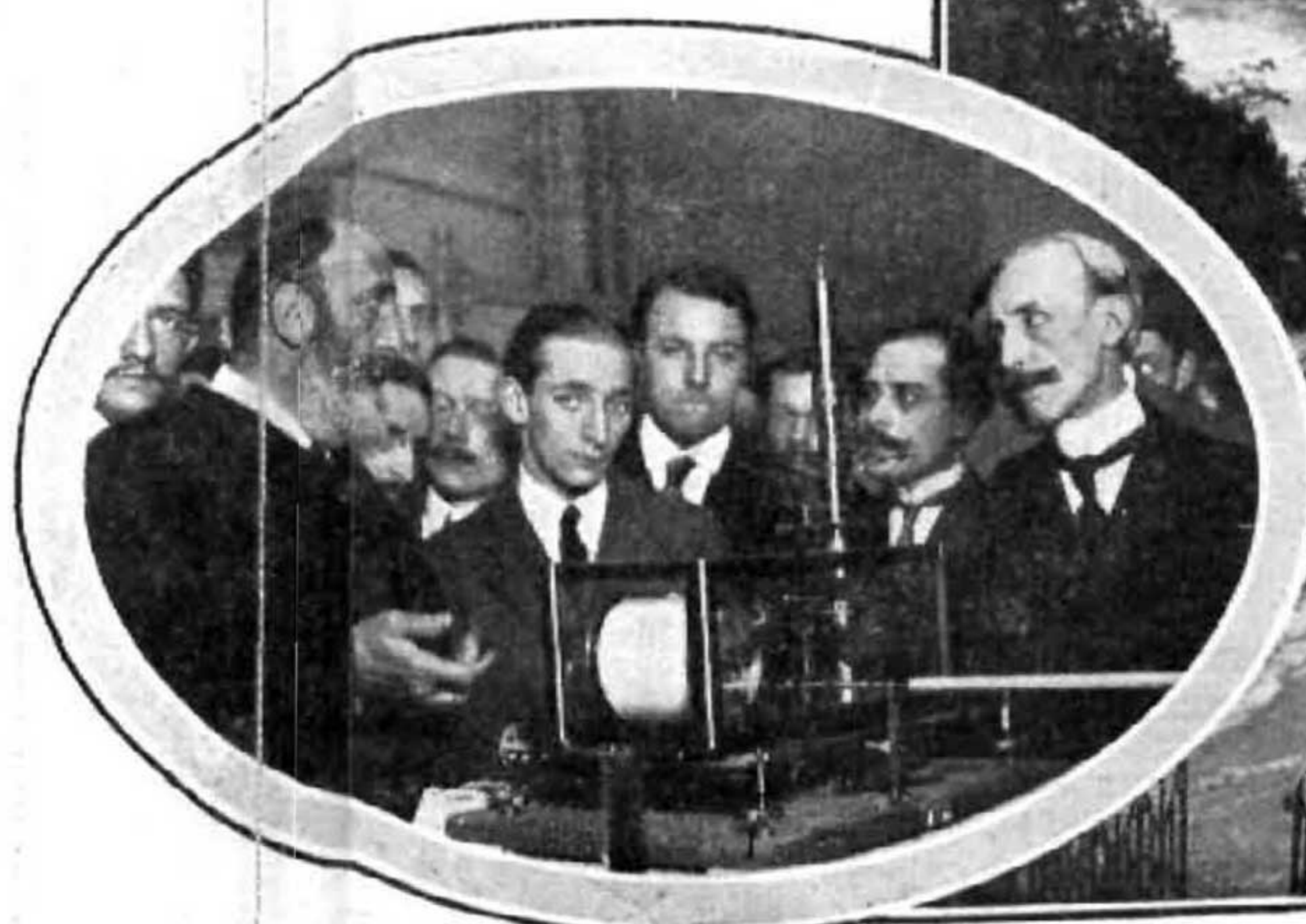
«Sirios», el notable dibujante, caricaturiza con su inspirado lápiz la testa venerable del sabio inventor

cionada. Su segundo invento fué el *Teleguino*, conocido en todo el universo. Con este aparato se consigue gobernar navíos á distancia, y el día que se resuelva el problema de la sintonía ó sintonización — ó sea el aislamiento de la telegrafía sin hilos —, seguramente producirá este invento una revolución en el mundo de las ciencias.

En Francia y en Inglaterra surcan los espacios numerosos dirigibles que se llaman Torres-Astra. Estos aparatos fueron inventados y madurados por el privilegiado cerebro del insigne sabio que ligeramente describimos. La Casa Astra adquirió la patente, y hoy construye numerosas series de este globo, que sobre todos los conocidos hasta el día, tiene la ventaja de poseer una armadura funicular que permite que el dirigible pueda plegarse y empaquetarse con la misma facilidad que los del sistema plegable; y se parece á los rígidos en la ventaja de poder suspender la barquilla, no de las telas, sino de una armadura que permanece rígida longitudinalmente, con independencia de la tensión que en ese sentido tenga la envolvente. Otra de sus características es la forma trilobulada del globo y varias más.

Otros muchísimos inventos

llevan el nombre de Torres-Quevedo. Para sustentar su teoría de que siempre es posible construir un autómata cuyos actos dependan de ciertas circunstancias más ó menos numerosas, obedeciendo á reglas que se pueden imponer arbitrariamente en el momento de la construcción, inventó «El ajedrecista»: un gracioso aparato



El maestro de los sabios explica sencillamente, con esa dulce timidez de los grandes hombres, cómo funciona su admirable «teleguino»

que juega al ajedrez con rey y torre, como si fuera una persona, respondiendo con absoluta precisión á todas las jugadas que se le hagan, y siempre se da mates... Además, galantemente avisa las equivocaciones del adversario con una luz, y á las tres equivocaciones que se cometan, deja de jugar con uno.

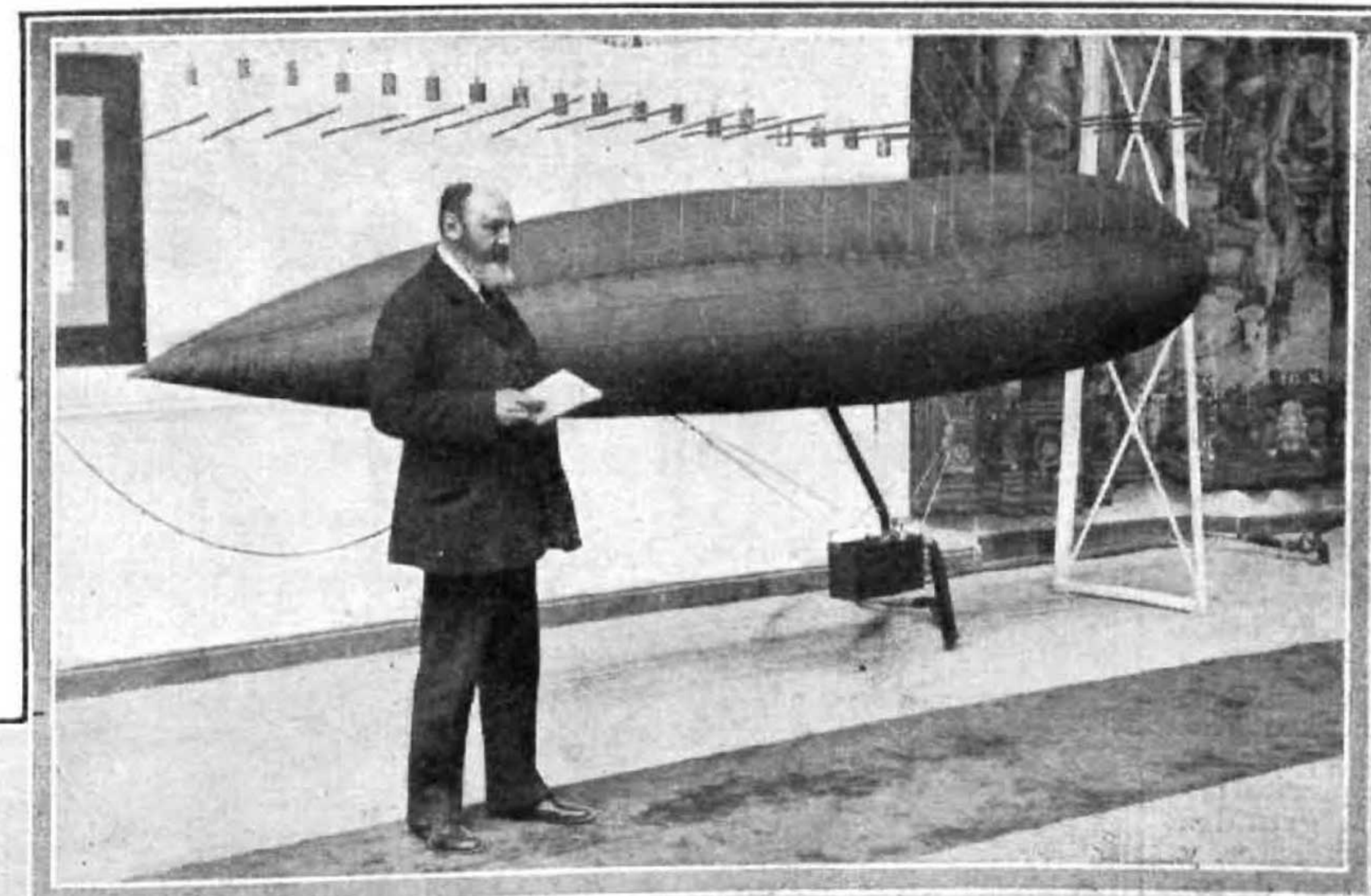
Sobre el Niágara, allá en tierras americanas, hay suspendido como el de Ulía: este síntoma de la civilización española lo llevó hasta allí el sabio ingeniero que ocupa estas páginas...

En el discurso que pronunció el sabio ingeniero en el Congreso de Ciencias abordó un tema interesantísimo y

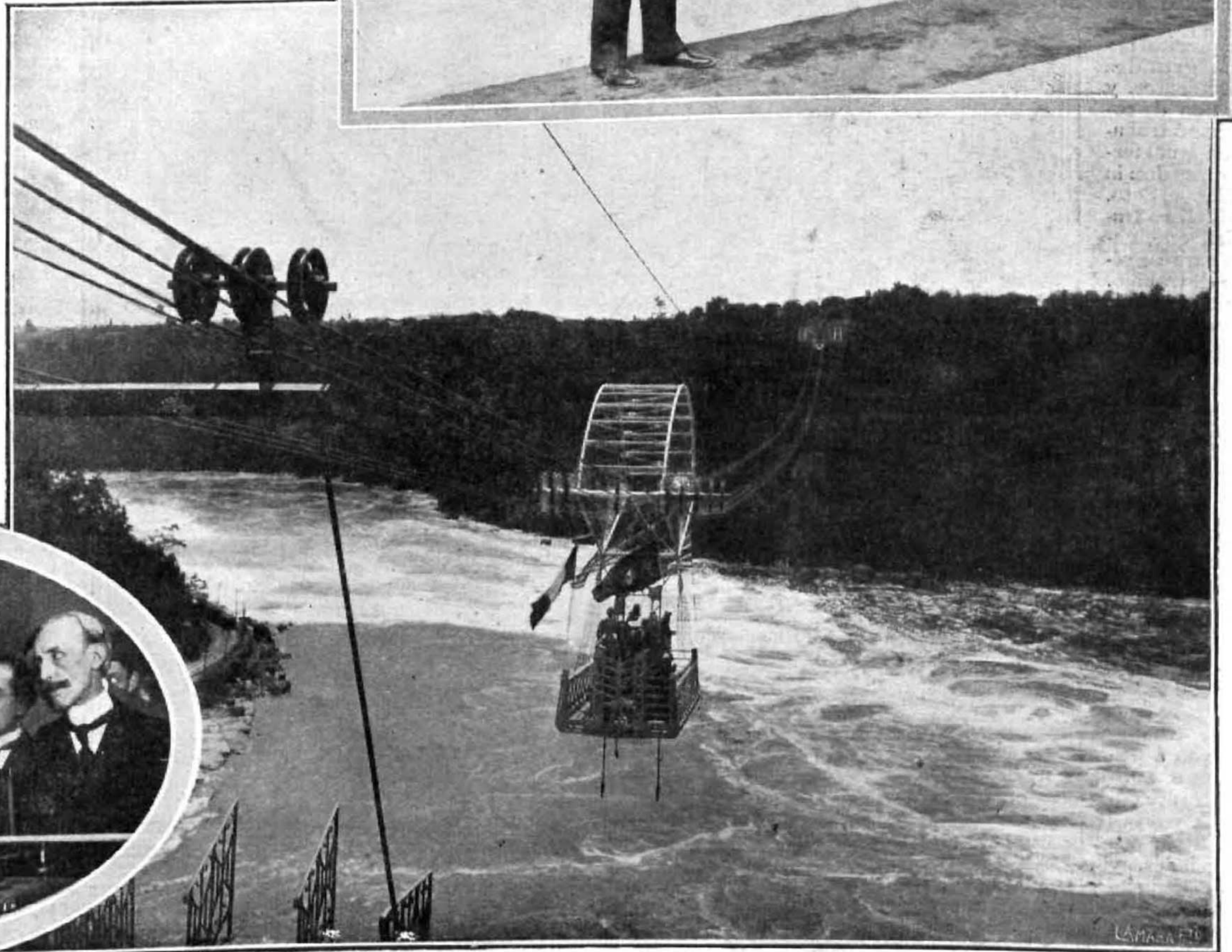
que entusiasmó por su trascendencia. Puede decirse que su oración fué la médula del Congreso. Habló Torres Quevedo de la navegación aérea entre España y América como de una necesidad muy realizable. A propósito de este motivo describió las condiciones del globo *Hispania*, asegurando que aunque todavía no era un aparato perfecto, podía considerarse como un atisbo afortunado. Después el insigne inventor dedicó frases de elogio al Congreso, asegurando que era el acto de más relieve que se había ce-

lebrado en España para honrar las ciencias.

Para terminar estos trazos de un gran hombre, diremos que D. Leonardo Torres Quevedo no bebe, no fuma, se acuesta todas las noches á las once y se levanta á las siete; tiene sesenta y seis años, y para ser por completo un español extraordinario, odia la política, y ¡hasta ha llegado á rechazar una cartera de ministro que, en un rato de desdén á la parentela y de profundo amor á la ciencia, le ofreció el ilustre marqués de Alhucemas!



Para este atleta físico y científico, sus inventos, esos inventos que asombran al mundo, constituyen sus predilectos juguetes. Miradle aquí estudiando modificaciones ante su famoso aerostato Torres-Astra



Ved que como un grito de civilización española en tierras norteamericanas, donde se han llevado á cabo portentosas empresas, atraviesa el impetuoso Niágara un audaz transbordador que lleva las banderas españolas y el glorioso nombre de Torres Quevedo